

eclesiásticos ortodoxos a base de mostrarles que están de acuerdo en lo esencial de la doctrina de la fe. El último de los *Discursos* del volumen 270, además de insistir en los argumentos que aconsejan y justifican una reconciliación, procura presentar, como confiesa el mismo Nacianceno (cfr. *Discurso* 23, 12), una especie de recapitulación doctrinal, sin entrar en polémicas.

El *Discurso* 24, primero del volumen 284, se titula «En honor de Cipriano». Se trata de un *Cipriano*, como lo hace notar nuestro autor, construido con rasgos biográficos de Cipriano de Cartago, martirizado en tiempo de Valeriano, y de Cipriano de Antioquía, que corrió igual suerte bajo Diocleciano y Maximiliano y cuya biografía se ve complicada y adornada con datos de un tal Cipriano mago, convertido por San Justino. La preocupación biográfica deja poco lugar, en este *Discurso*, a la exposición doctrinal.

Los *Discursos* 25 y 26 vienen precedidos de una amplia presentación, en parte, conjunta (pp. 87-155 y 206-223). Los dos pertenecen al mismo género oratorio, rezuman un ambiente histórico idéntico y tratan de la filosofía: en definitiva, de la relación de la filosofía profana con la herejía trinitaria y del papel de la filosofía en la formulación de la fe ortodoxa.

Como se puede ver por este rápido muestreo, estos textos del de Nacianzo están cargados de historia y de doctrina: aunque el autor de la edición crítica no ha juzgado conveniente alargar las introducciones, especialmente en el volumen 270, poniendo de relieve, con más detalle, las aportaciones de estos *Discursos*, brinda la posibilidad de que otros lo hagan. Los estudios monográficos sobre cuestiones teológicas, históricas, filosóficas, literarias, que se hagan de estos *Discursos* del Nacianceno deberán tener en cuenta esta buena edición de «Sources Chrétiennes».

PRO G. ALVES DE SOUSA

Luigi Franco PIZZOLATO, *La dottrina esegetica di sant'Ambrogio*, Milano, Ed. Vita e Pensiero (Col. «Studia Patristica Mediolanensia», n. 9), 1978, XXI + 359 pp., 14,5 × 22.

El volumen que presentamos es un estudio sobre la doctrina exegética de S. Ambrosio de Milán. Constituye una nueva e interesante aportación que confirma el valor teológico de las obras del Obispo milanés, a quien muchos de sus estudiosos, en cambio, han venido considerando más bien como una figura eclesiástica de relieve prevalentemente pastoral o religioso-político, principalmente después de las publicaciones de Palanque y Von Campenhausen. Pizzolato intenta llenar, por tanto, un hueco en la bibliografía ambrosiana.

El autor advierte en la Introducción que ha intentado sistematizar, en una visión lo más orgánica posible, los elementos exegéticos que aparecen en la obra ambrosiana de un modo fragmentario y disperso, debido al carácter homilético de la exégesis del Santo. El libro, por tanto, quiere mostrar cuál es la visión general de Ambrosio sobre la Sagrada Escritura, y, en particular, cuál es su metodología exegética, su hermenéutica y su

arte homilético. Esto es muy de agradecer, ya que faltaba un trabajo de síntesis en el terreno de la doctrina escriturística ambrosiana. El autor, en su estudio, parte de las obras parciales de Lazzati, Cantalamessa, Crouzel, Pepin y De Lubac.

El autor señala en primer lugar que Ambrosio se apoya en la idea básica de que Dios es el Autor principal de la Sagrada Escritura y hace ver la superioridad del texto revelado sobre cualquier intervención hermenéutica, afirmando la inerrancia total de la Escritura, incluso en el ámbito científico y en relación con la finalidad moral que se propone, así como su valor como prolongación de la acción del Verbo. Por otra parte, como Palabra de Dios, la Escritura es para Ambrosio el lugar de la continua presencia divina, la cual se manifiesta en diversas formas a lo largo de los distintos libros inspirados.

Por lo que se refiere al régimen estilístico, Ambrosio distingue en la Escritura dos categorías: la *simplicitas*, que consiste en la constancia del uso lingüístico, y la *vilitas*, ya que la Biblia no corresponde a la concepción estética clásica sobre el estilo «conveniente» al argumento, pues, mediante un estilo *vilis*, expresa misterios profundos. La atención del hagiógrafo se centra en el contenido más que en los fenómenos estilísticos, toda vez que las imágenes sólo pretenden expresar mejor la Revelación de Dios (cap. I).

En el cap. II, Pizzolato examina dos conceptos fundamentales de la concepción ambrosiana que emergen particularmente al delinear la relación entre el A.T. y el N.T.: la unidad y la variedad. Una lectura conjunta de ambos testamentos nos ofrece, a la vez, el aspecto moral y místico de los libros sagrados; por otro lado, se puede también descubrir una línea argumental que parte de los Patriarcas, pasa por la Ley y los Profetas y, finalmente, desemboca en el Evangelio: *Umbra-imago-veritas*. Ambrosio expresa esta relación entre ambos testamentos con una terminología casi técnica: *typus, symbolum, exemplar, similitudo, parabola, species, signum, aenigma*.

El cap. III está dedicado al tema de la inspiración, siempre según S. Ambrosio. El obispo de Milán señala la presencia de dos autores en la Sagrada Escritura: el humano y el divino; el autor humano es considerado como un simple instrumento que dice incluso lo que no llega a comprender, pues Dios interviene en el mismo acto expresivo, en la palabra escrita: las palabras mismas son inspiradas. A veces parece que la única autonomía que Ambrosio concede al hagiógrafo es aquella que consiste en la purificación previa mediante la cual ofrece su alma vaciada de sí mismo a la invasión del Espíritu. Esta condición casi estática del hagiógrafo se manifiesta especialmente en el caso de los profetas. Pero, en otros textos, el Santo Doctor aclara que hay que tener en cuenta que en el hagiógrafo se da más bien una potenciación del *ingenium* humano por parte de Dios, sobre todo en el caso de los libros históricos. El resultado de la colaboración entre Dios y el autor humano es diverso según las características psicológicas del escritor y el género literario empleado, pero esta diversidad no responde a una actuación distinta por parte de Dios ni a una fluctuación en la concepción de la inspiración. La coparticipación del *ingenium scriptoris* y de la *gratia Dei* —con una cierta preemi-

nencia de la obra divina, que no anula, sin embargo, la capacidad del hagiógrafo— representa una feliz definición ambrosiana del concepto de inspiración.

Pizzolato estudia luego el concepto de sabiduría que S. Ambrosio posee: sabiduría natural, moral y racional. La sabiduría natural indaga sobre la realidad creada, pero también sobre la naturaleza de Dios oculta en su esencia trascendente; la sabiduría moral, en cambio, se ocupa de la vida y del comportamiento del hombre, mientras que la racional hace referencia a la parte cognoscitiva del alma humana (cap. V). Por otra parte, Ambrosio relaciona, en cierto modo, esta división tripartita de la sabiduría con cada una de las Personas divinas: La sabiduría natural se da en el Padre; la moral es característica del Hijo, mientras que la racional es poseída por el Espíritu Santo.

En cuanto a la hermenéutica, Ambrosio de Milán se inclina más por una interpretación de tipo literal que por un estudio filológico en sentido estricto. Así, la variedad de lecciones supone para el santo Obispo más un estímulo para investigar que una dificultad. El autor hace notar que Ambrosio poseía una biblioteca rica en códices griegos y latinos, y que utilizaba varias traducciones, entre las cuales prefiere la de los LXX, que le llega, al menos para algunos comentarios, a través de las éxaplas origénicas.

La concepción hermenéutica de Ambrosio reviste un carácter tripartito que se expresa en una trisemía: *littera-moralis-mistica*. El sentido literal viene dado por la terminología *littera, simplicitas, historia*: es éste el sentido obvio sugerido inmediatamente por el texto. Ese sentido es expresado a través del vocablo *simplicitas*. El sentido moral tiene la característica de lo inteligible, y es un estadio intermedio entre la lectura física y la mística plena. Es el *sensus altior* que supone la superación de la letra por una interpretación intelectual, más profunda. El sentido místico (espiritual o *plenior*) es el fundamento de los precedentes, porque presuponiendo la fe en Cristo, da la explicación última de las lecturas literal y moral. Consiste en leer la Biblia a la luz de la acción total de Dios, según su designio preexistente, histórico y eterno que se manifiesta en cada pasaje de la Escritura. Por otra parte, la lectura de la Escritura es para el santo milanés el medio privilegiado de la pastoral y del contacto del alma con Dios, si bien es necesario una previa purificación moral junto con la oración. A ello hay que añadir también la *diligentia*, es decir, todo un bagaje de conocimientos técnicos: se precisa una lectura atenta de cada uno de los vocablos, porque ninguno es superfluo. Un segundo aspecto del quehacer exegético es el tener presente en todo momento el contexto. Así, Ambrosio rechaza la pulverización que los herejes llevan a cabo en este sentido mediante la extrapolación de cada texto respecto de su contexto verdadero. El buen exégeta, en cambio, debe cuidar la concordancia, reconstruyendo el sentido total de los fragmentos; a ello se llega o por condensación de varios pasajes, o por confrontación de pasajes análogos o por sustitución de términos. La *diligentia* es a veces la enseñanza de la técnica humana. Pero, sobre todo, es algo fecundado y guiado por la fe. Así, la última certeza de la exactitud de la exégesis consiste en el pertenecer a la Iglesia, depositaria de la fe ortodoxa.

Hasta aquí hemos expuesto las ideas de Pizzolato sobre la exégesis ambrosiana. Poco hay que añadir a propósito de las notas, muy bien escogidas, o de los índices diversos que completan la obra así como de la bibliografía que pretende ser exhaustiva. Sin embargo nos parece que vale la pena reseñar algunos puntos que pueden necesitar una mayor precisión. En efecto, cuando el autor afirma que la preparación de Ambrosio era inadecuada y, más aún, que carecía de inclinación hacia temas intelectuales, parece olvidar que el Santo Obispo poseía un perfecto conocimiento del latín y del griego, lo que le abría la puerta de acceso a autores latinos, como Tertuliano o Hilario, y de habla griega, como Orígenes, Atanasio, los Capadocios o Epifanio, tal como se advierte sobre todo en sus obras de carácter dogmático. Por otra parte, la multiplicidad de fuentes utilizadas por el Obispo de Milán es una muestra de su cultura y de su preparación intelectual, pues dicha multiplicidad revela un contacto de primera mano con el panorama teológico y un profundo estudio y aprecio por la tradición. En este sentido es interesante la observación del mismo autor cuando hace notar que las múltiples influencias que se advierten en la obra ambrosiana no impiden que —lejos de ser un mero altavoz de otros escritores— Ambrosio tenga una personalidad propia. Esto nos hace pensar que a la hora de hablar en torno a la teología de los Padres y de la interrelación e influencias entre ellos convendría referirse más a la profundización en el depósito de la tradición que a la búsqueda de una originalidad especulativa. A pesar de su enfoque especulativo, el autor considera también la producción escrita de Ambrosio como prevalentemente pastoral, en detrimento de su riqueza teológica, como si estos aspectos —el pastoral y el referente a la formación doctrinal— estuvieran reñidos.

Pero aparte algunas afirmaciones aisladas que merecen una puntualización, como p. ej. la acusación a Ambrosio de atomizar cada palabra prescindiendo del contexto, lo cual no es correcto, el límite más serio de la obra de Pizzolato es el no haber tenido en cuenta los datos relativos a la metodología exegética que se pueden extraer de las obras dogmáticas de San Ambrosio. Pensamos que el estudio del *De Fide*, del *De Sp. Sancto* y del *Inc. Dom. sacramento* hubiera podido completar el análisis de los escritos más propiamente escriturísticos.

No obstante estas observaciones, queremos confirmar el interés de este trabajo para una mayor valoración de la talla exegética y teológica de Ambrosio; el libro del Prof. Pizzolato será un punto de partida obligado para otros estudios sobre el Obispo de Milán.

JOSÉ FÉLIX SÁENZ OLARTE

José ORLANDIS - Domingo RAMOS-LISSÓN, *Die Synoden auf der Iberischen Halbinsel bis zum Einbruch des Islam (711)*, Paderborn-München-Wien-Zürich, Ferdinand Schöningh («Konziliengeschichte», Reihe A: Darstellungen), 1981, XVII + 378 pp., 15 × 24.

El Profesor Walter Brandmüller, de la Universidad de Augsburg, se ha aventurado, desde hace algunos años, en una empresa realmente im-